

Nombre y Apellido: Alan Martín Ulacia

Afiliación institucional: Facultad de Ciencias Sociales – UBA (Alumno integrante del proyecto: “El pensamiento alemán de los siglos XVIII y XIX: su influencia en la constitución del sujeto ciudadano contemporáneo” del *Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales*)

Correo electrónico: amulacia@hotmail.com

Propuesta temática: Identidades – Alteridades.

Título de la ponencia: Pensando el sujeto y su modernidad: impugnaciones contemporáneas.

La siguiente investigación busca repensar la modernidad y criticar al sujeto cartesiano a través de los fundamentos ontológicos-existenciarios heideggerianos y de la luz del pensamiento nietzschiano. Nuestras herramientas o “útiles” interpretativos están presentes en *Ser Tiempo* por un lado, y en varios fragmentos de la obra nietzschiana, haciendo de la hermenéutica nuestra metodología teórica de investigación.

Tanto Heidegger como Nietzsche nos muestran una concepción del sujeto habitada por claras impugnaciones a determinados presupuestos modernos: estos “*a priori*”, a su vez, constituirían la base sobre la cual se erige la estructuración de las relaciones identitarias.

Pensando el sujeto y su modernidad:

Impugnaciones contemporáneas

A grandes rasgos y a primera vista, la disputa entre lo moderno y lo contemporáneo parece una cuestión de *fundamentos* versus *posibilidades*.

Con la intención de examinar un trozo de esta ligera sospecha voy a detenerme en Heidegger y en Nietzsche. Porque creo que interpretar las impugnaciones que éstos dos autores dirigen a la modernidad y a su sujeto puede ayudarnos a comprender, a echar otra mirada, al fenómeno de la identidad. De esta forma, mi ponencia buscará responder las siguientes preguntas: ¿Qué pueden decir Nietzsche y Heidegger acerca de la *identidad* del sujeto moderno? ¿Y de la *identidad* en general?

Pero antes de empezar, nuestro sujeto moderno requerirá al menos, una breve, acaso superflua, caracterización.

El sujeto moderno está demasiado seguro de la *mismidad* de su *identidad*, tan seguro que levanta sospechas. El *yo* es una raíz profunda e incuestionable, casi sagrada. Será el sujeto moderno quien iluminará el mundo con su Razón; es él quien gritará a la humanidad sus Derechos Humanos, él también construirá su morada: el Estado; en fin, es él quien emprenderá la colonización de un mundo que le pertenece, que le es propio. Ahora bien, ¿sólo sobre el fundamento de una identidad bien cimentada será que el hombre puede embarcarse en semejantes empresas? ¿Y si es por todo lo contrario? ¿Y si es una búsqueda de *reconocimiento*, una lucha por la imposición de un sujeto débil, inseguro en sus venerables fundamentos?

Podemos decir que el sujeto moderno europeo extrae sus “energías espirituales” expansivas de una identidad fuerte, ¿pero no resultaría esto paradójico? ¿No resulta irónico que el *yo* más “centrípeto” sea a la vez el más el más “centrífugo”? Esto es, ¿qué el sujeto moderno, supuestamente el más seguro de su *mismidad*, de su *identidad*, sea el que más desea ser reconocido?

Tal vez esta paradoja nos ponga en camino y nos permita entablar el diálogo con Nietzsche y Heidegger, dos autores que justamente dudan de todos aquellos que blanden el venerable principio de identidad con incauta seguridad o bien con calculada ingenuidad.

Voy a empezar con Nietzsche. Pero no sin antes presentarlo.

Las obras de Nietzsche, al igual que su pensamiento, se resisten a la sistematización. Sus ideas evitan mostrarse bajo la forma de proposiciones claramente enunciadas, y sin embargo, el pensamiento nietzschiano se nos revela cristalino, asequible de modo casi intuitivo. Y como es el filósofo de la interpretación, para rendirle homenaje, voy a poner en claro cual es la mía, mi manera de comprender el mensaje nietzschiano.

Creo que Nietzsche retoma la paradoja heraclítica de la destrucción edificante. Explicar dicha paradoja se torna dificultoso y atenta contra la esencia de toda paradoja. Pero su comprensión, a mi entender, se muestra tan ancestral, actual e inmediata que me permito el lujo de dejarla en la indeterminada luminosidad del simple enunciamiento. De esta forma, dejo en claro que entiendo a Nietzsche como un destructor edificante, como un filósofo que se asoma al abismo contradictorio de un devenir regido por relámpagos de armonía.

Para los fines de esta ponencia voy a citar dos fragmentos:

El primero es de *Aurora* y dice: “*No hay nada que resulte más difícil de conocer al hombre que el desconocimiento que tiene de sí mismo(...)*”. (Nietzsche, 2005:47) El sentido de esta frase es doble: no sólo es difícil el conocimiento de nosotros mismos, sino que además es difícil percibir este desconocimiento. Nietzsche ya nos está señalando una fractura, una división en el seno de lo que antes era un sujeto portador de una estructura identitaria cohesionada donde el *yo (ich)* es fundamento original dado.

El segundo fragmento, presente en sus Obras Póstumas, reza: “*Lo que más fundamentalmente me separa de los metafísicos es esto: no le concedo que sea el “yo” (Ich) el que piensa. Tomo más bien al yo mismo como una **construcción del pensar**, construcción del mismo rango que ‘materia’, ‘cosa’, ‘sustancia’, ‘individuo’, ‘finalidad’, ‘número: sólo como **ficción reguladora** (regulative Fiktion) gracias a la cual se introduce y se imagina una especie de constancia, y, por tanto, de ‘cognoscibilidad’ en el mundo del devenir*”. (Nietzsche, 1980: 3 y 4)

Este ataque, claramente, va dirigido al *yo* metafísico, hace alusión al *yo* implícito en el *cogito ergo sum* cartesiano. En cambio esta indicando un *yo* que deja de ser fundamento identitario del sujeto para entenderse como construcción, al igual que el sujeto mismo. ¿Pero que nos dicen las palabras de Nietzsche acerca de la *identidad* del sujeto moderno?

Nos dicen que la idea de una *permanencia* en el devenir es un rasgo fundamental de la identidad de nuestro sujeto. El *yo* es un *a priori* casi divino que puede acceder a los objetos del mundo sensible y además darse el lujo de dudar de su realidad. Esta ficción metafísica de una *permanencia* que sobrevive lo contingente es la implícita esencia del sujeto moderno, la “ficción reguladora” suprasensible que permite la “cognoscibilidad” del *yo* propio comprendido como “constancia”.

Sería peligroso interpretar a Nietzsche como un autor que busca desenmascarar los preceptos metafísicos en pos de otros “más verdaderos”. Pues la objetividad yace tendida, sin vida, junto al Dios muerto. Sólo nos queda la lucha, la creación o aceptación de valores igualmente destinados a morir. Y la verdad es la ficción necesaria, momentánea y relampagueante que permite sobrellevar la tragedia del devenir.

¿Queda entonces la imposibilidad del ser: lo nihilista? ¿Queda pues la *identidad* del sujeto como una puesta en escena tragicómica donde el *yo* como fundamento hace de bufón y la pregunta por el *quién* se torna absurda? En efecto, quedaríamos en esta nada si olvidáramos la propuesta nietzschiana supra-antropológica: el superhombre(*Uebermensch*), el “sujeto” (si así se lo puede llamar) que no es sino una *fuerza* constantemente deviniente que no encuentra su armonía en la paz de la conciliación sino en los destellos que produce el fragor del híbrido devenir, una *fuerza* que deja de ser como es cuando el lenguaje la apresa.

Entonces, por un lado tenemos que el sujeto moderno y su *yo* son los datos *responsables* del devenir. La *permanencia en el* devenir del sujeto se puede traducir como fundamento(*Grund*) de responsabilidad y consciencia *en lo* causal.

¿Y qué queda del otro lado? ¿Queda el nihilismo del superhombre? La respuesta, si nos acercamos al mencionado carácter constructivo de Nietzsche, es no. Ya que es el fin de la era de los fundamentos piadosos y la irrupción de la violenta posibilidad como esencia de la existencia.

Ahora sí estamos en condiciones de conversar con nuestro segundo autor, ya que estamos sobre el pantanoso terreno de la nada y a la vez miramos con ojos inseguros la luminosa posibilidad del todo. Y esta será, creo yo, la oscilante lucha de Heidegger: revivir la pregunta por el *ser* cuidándose de no desenterrar a Dios y a su criatura el sujeto moderno en el intento.

La obra más importante de Heidegger, *Ser y Tiempo*, es una exhortación. ¿Qué anhela esta exhortación? Que la pregunta por el ser vuelva a tener importancia para la filosofía. ¿A quién se interroga acerca del ser? Al *Dasein* ¿Y quién es el *Dasein*? Heidegger, provisoriamente, responderá que somos en cada caso nosotros mismos.

Pero no voy a adentrarme en los frondosos laberintos del Ser y el Tiempo, por más que estos temas lo tornen menester. Antes bien voy a referirme a un texto no menor llamado “El principio de identidad”, presente en *Identidad y Diferencia*.

Es cierto que en esta ponencia nombré varias veces la palabra *identidad* sin especificar demasiado qué quiere decir en este contexto y como puede relacionarse con la cuestión del sujeto moderno. Nietzsche ya ha levantado la voz, y su sonido hace eco en lo eterno. Ahora es el turno de Heidegger como impugnador de la modernidad. Porque creo que escuchar a un filósofo que re-pensó la *identidad* significa a la vez re-pensar la noción de sujeto moderno.

Lo que voy a hacer ahora es interpretar las palabras de Heidegger y ver en que punto coinciden con mi manera de pensar lo nietzschiano.

“El principio de identidad” comienza diciendo: “*Según una fórmula usual, el principio de identidad reza así: $A=A$. Se considera este principio como la suprema ley del pensar*” (Heidegger, 1990: 1)

Para Heidegger, este principio así entendido habla de una igualdad entre dos términos, no de identidad. Lo *idéntico* en cambio expresa la mismidad de un solo término, osea, que A es A.

Heidegger escribe más abajo: “*En la mismidad yace la relación del con, esto es, una mediación, una vinculación, una síntesis: la unión en la unidad*” (Heidegger, 1990: 2). Creo que estas palabras están en consonancia con lo que Nietzsche ya había anunciado: la muerte de la cosa en sí, y por lo tanto, la necesidad de replantear los conceptos que expresan una *uniformidad persistente* y etérea. Entre ellos, claro está, el sujeto cartesiano y el dato del *yo* inmediatamente dado.

Hemos dicho que el principio de identidad, reformado, queda como A es A.

Heidegger es un filósofo del ser. No referirme al “es” del principio A es A sería una desatención. Por eso pregunto: ¿qué dice Heidegger acerca de este “es”? Dice lo siguiente: “*Lo que expresa el principio de identidad, escuchado desde su tono fundamental, es precisamente lo que piensa todo el pensamiento europeo occidental, a saber, que la unidad de la identidad constituye un rasgo fundamental en el ser de lo ente. En todas partes, donde quiera y como*

quiera que nos relacionemos con un ente del tipo que sea, nos encontramos llamados por la identidad. Si no tomase voz esta llamada, lo ente nunca conseguiría aparecer en su ser. En consecuencia, tampoco se daría una ciencia. Pues si no se garantiza de antemano la mismidad de su objeto, la ciencia no podría ser lo que es”(Heidegger, 1990: 2 y 3)

En este momento de la ponencia corro el peligro de emprender un vuelo filosófico que consistiría en repetir más o menos las mismas palabras del texto. Por dicha razón, aquí me detengo. Heidegger ya dijo lo que quería escuchar y le dio un poco de forma al espectro que amenaza con darse a conocer desde que empecé a hablar. Sobre el final lo conoceremos más de cerca.

Antes de una conclusión que inevitablemente se vestirá de pregunta, voy a intentar dar respuesta a las preguntas hechas al principio. Recuerdo, estas fueron:

- 1) ¿Qué pueden decir Nietzsche y Heidegger acerca de la *identidad* del sujeto moderno?
- 2) ¿Y de la *identidad* en general?

La pregunta 1 la respondo de la siguiente forma:

Nietzsche y Heidegger nos dicen que los fundamentos sobre los cuales se estructura la forma de pensar el sujeto moderno están caducando, si es que ya no lo han hecho. Las nociones de *permanencia* y *unidad* encuentran en contrapartida un pensamiento de pies más ligeros, “más afín al baile” diría Nietzsche. Un modo de pensar que no busca certezas últimas ni responsable primeros, sino verdades relampagueantes, útiles y comprensibles dentro del marco histórico que las nutren de sentido. Y este pensar sin dudas afecta la idea del *yo* y la *identidad* como constancia a lo largo de las vivencias (Heidegger, 2006: 130) y la trastoca por una noción menos determinante y pétrea, más abierta al *poder ser* de la vida y la existencia misma. Al trágico y solitario nihilismo en que parece desembocar lo moderno, estos dos autores, en mi opinión, dan cuenta de la posibilidad de desplegar el ser y advierten sobre el nocivo deseo querer calcular y asegurar todo lo ente. De esta forma, la pregunta acerca de la identidad que reza: “¿*Quién soy yo?*” Creo podría incluir un “*con*” un “*otro*” y un “*mundo*”.

La respuesta a la pregunta 2 nos acerca más a la conclusión y le da nombre de pregunta al espectro antes mencionado.

El pensamiento de estos dos filósofos nos indica que la armadura inteligible-especulativa que confiere la mismidad a las cosas se está oxidando. Se pone de manifiesto cuanto hay de nosotros

en los “objetos” a los que accedemos, pero no para reivindicar un sujeto más activo y adular a así a Kant, sino más bien para dar cuenta del conflicto que implica todo pensar, lo propio que se pone cada vez que nombramos una idea. La *identidad* y la *mismidad* de todo ente es puesta en duda y arrojada al campo de batalla interpretativo, inclusive el antes sacro *yo*. Se trata de expresar la división que acarrea el concepto de unidad, pero no para luego reparar, para conciliar este pecado del pensar, esta falta, sino para gritar una anárquica fórmula que mataría de nuevo a Parménides junto a todo dogma: *A puede ser* no A.

Concluyo, entonces, con esta espectral pregunta: ¿Qué le queda entonces a la ciencia, incluida la ciencia social, si el fundamento metafísico sobre el cual se erige tambalea, y peor aún, si la misma idea de fundamento se ve amenazada?

Yo respondo que nos quedan dos opciones, que en verdad son la *misma*:

O mirar para otro lado con nuestro orgullo científico roto o contemplar la posibilidad de que seamos sólo meros poetas, para así, como decía Nietzsche, continuar soñando sabiendo que soñamos (Nietzsche, 2005).

Bibliografía

Heidegger. M (2006): “El Ser y el Tiempo”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Heidegger. M (1990): “El principio de identidad”, en *Identidad y Diferencia*, Antrophos, Barcelona. Versión electrónica consultada en la Escuela de Filosofía de la Universidad de ARCIS en <http://www.philosophia.cl/>

Nietzsche. F (2005): *Aurora*, editorial Gradifco, Buenos Aires.

Nietzsche. F: *El sujeto como ficción lógica y regulativa...* en “Fragmentos Póstumos” *Nachgelassene Fragmente 1885 (NF 1885, 35 [35])* Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden, (KSA 11, p. 526) Hrg. von Giorgio Colli und Mazzino Montinari, Munchen, Berlin/New York. Deutscher Taschenbuch Verlag und Walter de Gruyter, 1980 (Traducción y selección Mónica B.Cragiolini.) versión electrónica Fecha de consulta: Junio 2007, en <http://www.nietzscheana.com.ar>

Nietzsche. F (2005): *La gaya ciencia*, editorial Gradifco, Buenos Aires.